

jares sazonados á su modo, dándoles entretanto música con varios instrumentos que tenían para estas ocasiones, muchos y muy sonoros. Antes de comer, dice el alferez Montaña en su relacion, salió el Rey (con gran majestad) á verlos, y haciéndoles señal de paz, no les consintió llegar á él, y solo les dijo que reposasen y que luego volveria á hablarles despacio.

---

## CAPITULO II.

---

LO QUE PASÓ A LOS ESPAÑOLES CON EL REY DE MI-  
CHOACAN, QUIEN INTENTÓ SACRIFICARLOS,  
PERO SE LO ESTORBÓ UN INDIO PRINCIPAL DE SU  
CONSEJO.

Pasadas dos horas despues de haber comido los castellanos, vino el Rey á verlos con la pompa acostumbrada, y sin consentir que llegasen á él, les dijo por el intérprete, con gran muestra de severidad: « ¿Quiénes sois? ¿de dónde venis? « ¿qué buscais, viniendo de tan léjos? ¿por ven- « tura en la tierra donde nacisteis no teneis que « comer ni beber, y para esto teneis que venir á « ver y conocer gentes extrañas? ¿qué os hicie- « ron los mexicanos para que viniéseis á des- « truirlos y á arruinar su gran ciudad? ¿pensais « acaso hacer lo mismo conmigo? No, no, yo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY N. L.

« soy tan valiente y poderoso, que no lo consentiré  
 « por cierto. Aunque he tenido siempre guerra  
 « con los mexicanos, que han sido grandes ene-  
 « migos míos, me lastima su infeliz suerte, y me  
 « he de defender de igual desventura con todo  
 « mi poder, debiendo vosotros estar entendidos  
 « que nunca fueron vencidas mis armas. »

Poco agradaron á los castellanos estas palabras; y con todo eso, Montaña replicó por medio del intérprete: « Gran señor, no hay por que te receles  
 « de nosotros, pues somos tus amigos, enviados  
 « por nuestro valeroso capitán Cortés, sin otro  
 « intento sino que le conozcas y tengas por ami-  
 « go. Sabrá tu valor y grandeza de ánimo; y en  
 « prenda de la más sincera estimación, le halla-  
 « rás en todas ocasiones que se ofrecieren á ti y  
 « á los tuyos; y pues en pocas palabras nos has  
 « preguntado muchas cosas, á que no te podemos  
 « responder sino despacio, suplicámoste nos oi-  
 « gas, que después de habernos oído no te pesará.  
 « Nosotros somos cristianos, nacidos en una tier-  
 « ra que llaman Castilla: venimos por mandato  
 « de un señor poderosísimo, Emperador de los  
 « cristianos, á quien nuestro verdadero Dios ins-  
 « piró y movió su corazón para despacharnos á  
 « estas tierras nuevas, no porque en la nuestra  
 « nos falte lo que hemos menester, pues ántes  
 « nos sobra para la vida humana, sino porque

« después que tuvimos noticia de las tierras que  
 « hemos descubierto, venimos principalmente á  
 « estas partes con dos elevados fines: el prime-  
 « ro para establecer comunicación con vosotros  
 « y teneros por amigos, dándoos de lo que te-  
 « nemos y recibiendo de vosotros, por vía de  
 « contratación y buena armonía, lo que no hay  
 « en nuestra tierra, como se usa en todo el mun-  
 « do y vosotros mismos lo usáis, pues por esta  
 « comunicación y este comercio se hacen flore-  
 « cientes los reinos y crecen en riquezas y abun-  
 « dancia: lo segundo, y es lo que más importa y  
 « resulta de la comunicación que con vosotros  
 « deseamos tener, es el desengañaros del error  
 « en que vivís por instigación del demonio, ha-  
 « ciéndoos este padre de la mentira adorar dioses  
 « falsos y quebrantar en muchas cosas la ley na-  
 « tural, que tiene tanta fuerza en todos los hom-  
 « bres. No hay duda que á los principios senti-  
 « réis mucha repugnancia en apartaros de vues-  
 « tros errores antiguos y arraigados desde vuestra  
 « más tierna edad; pero después que nos hayáis  
 « comunicado, con el mayor gusto abandonaréis  
 « las máximas de vuestros supersticiosos ritos y  
 « sin dificultad daréis la preferencia al culto ver-  
 « dadero de nuestro Dios. Si destruimos á los  
 « mexicanos, fué porque muchas veces nos fal-  
 « taron á la amistad y quisieron matarnos con

« traicion, y tambien por castigar las tiranías que  
 « hacian contra muchas naciones que nos pedian  
 « auxilio; y así, aunque eran muchos y muy po-  
 « derosos, y resguardados en ciudad tan fuerte  
 « como Tenochtilan, no se pudieron librar y de-  
 » fender, ni tampoco ofendernos como lo preten-  
 « dian, porque nuestro Dios, que es uno y solo  
 « poderoso, peleaba por nosotros contra ellos y  
 « contra sus vanos dioses. Finalmente, gran se-  
 « ñor, si queréis saber más claro cómo procura-  
 « mos no hacer mal á nadie, infórmate de cómo  
 « les ha ido á los que han solicitado nuestra amis-  
 « tad, y cómo han experimentado nuestro ampa-  
 « ro y cuánto los hemos favorecido á fuer del  
 « más cordial afecto; entónces entenderás, que  
 « queriendo tú ser nuestro amigo, como lo has  
 « enviado á decir, te holgarás mucho con nues-  
 « tra fiel amistad, y no tendrás que dar oídos á  
 « malos consejos para que no intentes cosa que  
 « desdiga á tu real persona, pues nosotros te ha-  
 « blamos con toda lisura y verdad; y si no nos  
 « crees, tienes intérpretes mexicanos, pregunta-  
 « lo aparte á los que con nosotros vienen, que  
 « ellos te lo dirán, y puesto que no son de nues-  
 « tro linaje y nacion, no te serán sospechosos. »

Estuvo muy atento el señor de Michoacan, revolviendo en su pecho grandes cosas, porque de las que habia oído, unas le agradaban y otras

le ponian en gran temor, y suspendiéndose como pensativo respondió: que habia tenido mucho gusto en oír sus razones, que descansasen y que les daria la respuesta. En nada de todo esto manifestaron los castellanos flaqueza por mantener la reputacion de ser tenidos por invencibles hijos del sol, y conferian entre sí lo que podrian hacer, y como no podian salir del alojamiento sin ser sentidos, determinaron aguardar el fin de todo aquello que les pudiese suceder. Tenia mandado el rey que gran número de su gente, armada secretamente y con disimulo, guardase á los castellanos en los patios del palacio, de modo que estaban sentados en los poyos y otros paseándose. Ordenó tambien á dos indios principales que intimasen de su parte á los castellanos que de noche ni de dia por ninguna causa pasasen sin licencia una raya que les hicieron, de que se alteraron mucho, pero disimularon lo mejor que pudieron, y uno de los castellanos con semblante alegre dijoles: decidle á vuestro rey que en su casa y reino estamos, que mensajeros somos dispuestos á servirle con la mejor voluntad, y que así no habian de discrepar un punto de lo que mandaba; y aun si quisiere que no salgamos de este aposento, lo harémos con la misma voluntad como ahora lo que nos ordena. Volvieron con esta respuesta al rey, quien á la tarde mandó hacer gran-

des fiestas por toda la ciudad, y encender en las torres de los templos muchos fuegos, y quemar incienso, sacrificando en ellos á sus ídolos grande cantidad de hombres y mujeres y niños con grande algazara de sus instrumentos músicos, con continuos bailes y danzas de noche y de día, acompañadas de canciones tan tristes que parecian del infierno.

Estas fiestas y sacrificios se hicieron en diez y ocho dias que duraron con pensamiento de sacrificar á los castellanos; pero como Dios Nuestro Señor queria cesase la tirania del demonio, dispuso guardar aquellos castellanos que habian de ser instrumento de su remedio, y para esto puso en el corazon de un señor anciano que gobernaba los estados del rey, que le hablase una noche al cabo de los diez y ocho dias en esta forma: « Que  
« seria muy acertado pensase primero con acuerdo  
« lo que intentaba, porque era cosa indigna de  
« tan gran rey matar á los que le iban á visitar  
« sin estar muy cierto de si iban con buen ánimo  
« ó con intencion depravada: que mirase que aque-  
« llos hombres y los que tenia su capitán eran muy  
« valientes, pues siendo tan pocos habian sujetado  
« una ciudad como México: que su Dios (que de-  
« cian) no era mas que uno, debia de ser Omni-  
« potente, una vez que los dioses mexicanos que  
« con tanta reverencia adoraban, no habian bas-

« tado á defenderla: que creía que aquellos cris-  
« tianos eran hijos del sol, pues tan victoriosos  
« habian quedado de sus enemigos: y siendo así  
« que le tenia gran confianza y siempre habia se-  
« guido su consejo, le rogaba se detuviese y mi-  
« rase en lo que intentaba ejecutar, no habiendo  
« inconveniente en darse tiempo en semejante  
« negocio, y podria mejor considerar que era bien  
« tener por amigos á aquellos de quienes le podria  
« resultar mucho favor y auxilio, ó mucha ofensa.»  
Hicieron impresion en el ánimo del rey las palabras tan cuerdas y sólidas de este consejero, y agradeciéndole el consejo, mandó que cesasen las fiestas y sacrificios. Envió cuatro indios principales al alojamiento de los castellanos, por cuatro de los señores mexicanos con el fin de informase bien de los motivos de la venida de aquellos mensajeros extraños: escogieron los castellanos los que tenían por más entendidos, y les dijeron advertiesen lo que queria sacrificar á todos, y que para remediar este peligro, cuando algo les preguntase que le dijese el modo de pelear de los castellanos, la calidad de sus armas blancas, el prodigioso efecto de la artillería, siendo bastante una pieza para matar de un tiro cien indios, las escopetas, ballestas, la furia de los caballos, el ánimo y coraje de los hombres, el gran destrozo que los perros hacian en los indios, y que los cristianos

eran incansables, sabiendo no dormir cuando era menester, y tan venturosos que jamas eran vencidos; que á la verdad asolaban con fuego y sangre á sus enemigos; pero cuando pedian paz sabian mantenerla inviolablemente; que su rey cada dia les proveía de armas y de refuerzos de nueva gente, para que ningun rey ni señor, por poderoso que fuese, ni muchos juntos, se atreviesen á ofenderles: y pues eran testigos de vista, le persuadiesen que procurase la amistad de Cortés, si queria conservar su Estado y aun extenderlo, y se guardase de hacer cosa de que despues se arrepintiese: que si todavía viesen que premeditaba alguna cosa ó manifestaba mal ánimo, le dijessen que solo los cuatro castellanos eran bastantes para matar á todos los que los guardaban, ademas de que su capitán iria luego á tomar satisfaccion matándolo y destruyendo su reino: que fuesen con Dios, y que hablasen con gran ánimo, y no tuviesen cuidado: que allí quedaban ellos prontos á morir en su defensa sin faltarles en cosa alguna, conforme se lo habia encargado el capitán Cortés. Bien entendidos y instruidos los cuatro señores mexicanos de cómo se habia de portar en esta ocasion peligrosa, fueron á la presencia del rey, á quien, segun su modo, hicieron su reverente acatamiento, como lo practicaban con sus dioses; y llamados los intérpretes delante de algunos de su consejo,

y de aquel prudente gobernador, preguntó muchas cosas, á las cuales le respondieron tan bien y con tanto brío y libertad, como si Cortés con todo su ejército estuviera á las puertas de la ciudad. Mucho se conmovió y espantó el rey y aquellos señores de su Corte de lo que los mexicanos dijeron, y creyéndolo todo porque de antemano de lo más de ello tenian cumplida relacion, mandó el rey tratar bien á aquellos señores indios, porque fué informado que eran grandes personajes: dijoles lo mucho que se habia holgado de hablar con ellos y de haberse cerciorado de lo que antes dudaba; que se estuviesen en su palacio hasta que él mandase que fuesen con los cristianos. Entretanto quedaban estos temerosos de que los hubiesen muerto, habiendo pasado dia y medio sin dar la vuelta al alojamiento, y muy determinados de vengar su muerte; de tal modo, que el rey y los suyos cuando llegasen á conocer que no eran inmortales, entendiesen cuán caro les costaba el ofenderlos. No tardaron en parecer sus cuatro indios muy alegres contando á los españoles todo lo que les habia pasado. Tres horas despues fué el rey acompañado de más de cuarenta señores, y por pajes, diez ó doce mancebos bien dispuestos y vestidos de gala, y en seguimiento suyo más de veinte mil hombres, todos armados con arcos y flechas, llevando guirnaldas en la cabeza

y gritando como gente vencedora. No dejaron los castellanos de pensar que toda esta multitud de indios por ceremonia iban de aquella manera para matarlos con mas seguridad y sacrificarlos á sus dioses, por lo que se apercibieron disimuladamente, y el uno de ellos tuvo de la sogá un perro muy bravo cebado con indios, con propósito, si lo acometian, de soltarlo. Entró el rey por el palacio hácia donde estaban ellos mostrando muy buen semblante: iba muy galan y majestuoso, llevando su arco en la mano, engastadas en él muchas esmeraldas, y á las espaldas una aljaba de oro cuajada de pedrería que con los rayos del sol el arco y aljaba relumbraban mucho. En medio andaba solo y algo apartados de su persona y por los lados y espaldas seguian los caballeros más validos y de más suposicion. Los castellanos le recibieron hasta la raya que de su órden les tenia puesta, y con rostros alegres y serenos le hicieron grande acatamiento: apartóse á un lado, y mandó apercibir gran cantidad de venados, conejos, liebres, codornices y aves de otras muchas suertes, y varios animales de caza, muertos y vivos, que causaron mucha admiracion á los castellanos, porque era la mejor montería que habian visto.

Estando todavía el rey en pié, hizo que por grandeza, su capitan general, por mano del intér-

prete diese este razonamiento, que se redujo á pedir perdon á los cristianos por haberse detenido tantos dias, siendo el motivo el haber estado ocupado en las fiestas y sacrificios de sus dioses; que en lo que tocaba á pasar mas adelante á la tierra de Ciguatlan, no lo consentiria, porque si los hiriesen ó matasen, no queria ser la causa, sino enviarlos sanos y salvos á su capitan, como habian venido á su presencia; y les rogaba le dicesen quedaba muy prendado de su valor, con deseos de visitarle y obsequiarle, como asimismo de ser vasallo del rey de Castilla que tan poderoso era, pues enviaba tal capitan y tales hombres, que más parecian dioses, por haber en tan poco tiempo, y siendo tan pocos, sujetado el Imperio Mexicano; y que por cuanto era costumbre de los reyes sus antepasados no enviar vacíos á los mensajeros que los venian á visitar, que otro dia por la mañana los despacharia con dones para ellos, y presentes especiales para su esforzado capitan, al cual besaba las manos y suplicaba recibiese este agasajo, más por prenda y señal de su amistad, que por el valor; porque estaba persuadido que todas las riquezas de su rey eran pocas respecto á lo que tanto se merecia, y que lo mas presto que pudiese iria á darle la obediencia, y entretanto queria enviar con ellos unos de sus principales, grandes y señores señalados.

Concluido su discurso, les regaló toda a caza, diciéndoles que la repartiesen á su arbitrio. No se puede encarecer el contento que los castellanos recibieron, porque cuando pensaban morir sacrificados, se veían libres de tanto riesgo y tan regalados, cosa que les parecia sueño. Respondiéronle en pocas palabras, y con la mayor veneracion, que estaban reconocidos de su grande generosidad, y cerciorados de cómo en todo habia mostrado quién era, de lo cual harian relacion á su capitan, y que de ello serian buenos testigos los señores de su reino que se habia dignado destinar para su acompañamiento, cuando volviesen con la respuesta de su embajada. Retiróse el rey, y mandó que les diesen bien de comer. Fué tan bien obedecido, que les llevaron tanta comida, que habia para cuatrocientos hombres. Despues de comer, les envió á decir que holgasen, porque sin duda otro dia les despacharia sin mas dilacion, y que quedaba á su cuidado escoger los caballeros de su reino que con ellos habian de ir, con órdenes de prevenirles todo el recaudo necesario de comida que para todos era preciso, hasta llegar á México, como tambien no dejaria de enviarles cazadores diestros que los fuesen proveyendo de todo género de caza para su regalo y sustento. En efecto, parecieron el dia siguiente muchos señores con veinte indios

cargados de ropa muy fina y de la mas estimada entre ellos, y veinte sillas ó asientos de madera labrada con mucha curiosidad, cinco cargas de calzados á su usanza, de muy lindo cuero de venado, blanco, amarillo y colorado, y cincuenta marcos de plata y oro bajo: descargaron en el patio, poniendo toda la carga sobre muchas estereras (que los indios llaman *petates*) muy finas y labradas, y encima muchas mantas blancas y costosas, sobre las cuales colocaron tanta cantidad de piezas de plata y oro bajo, y algo de fino y de buena ley, que valdrian cien mil castellanos; y para el que quisiere saber lo que esto importa, á razon de ciento y treinta maravedís cada castellano, suma el todo 35,156 pesos 2 reales. Inmediatamente llegó el rey, y comunicando á su capitan general lo que pretendia decir á los castellanos, y éste por otro grande valido de su rey, y el privado por el intérprete, les hizo saber que la ropa y joyas que estaban descargadas en los cuatro ángulos del patio, les hacia merced de ella el gran Señor de Michocacan; pero la que estaba extendida en medio del patio, juntamente con varias y singulares preseas, la diesen á su capitan Cortés, y le dijessen que le suplicaba que tuviese mas cuenta con la voluntad y amor del que le enviaba aquel presente, que á su corto valor, y que cuando mas lugar tuviese

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 BOSTON, MASS.

iria en persona á verle y á cumplir con lo prometido. Acabado este razonamiento se apartó con ocho señores de los que allí estaban, y les ordenó que de su parte fuesen á visitar á aquel gran capitán de los cristianos, y despues los entregó á los cuatro españoles y á los señores mexicanos que habian venido con ellos, diciendo por medio del intérprete, que aunque no ignoraba que tenían tan buen corazon, y por lo mismo era ocioso el encomendarles el buen tratamiento que de aquellos ocho señores que eran de los mas queridos y favorecidos de su real persona y casa, que sin embargo, por lo que debia á sí mismo, á su grandeza y á la particular estimacion que hacia de aquellos caballeros, les encargaba con todo encarecimiento los tratasen con el mas singular cuidado y esmero, y que despues que hubiesen llegado á la presencia de su capitán, le significasen mucho de su parte, se los volviese á enviar sin hacerles mal alguno, sino que cuando ellos se quisiesen regresar á su Corte, lo pudiesen libremente ejecutar, y que desde aquel punto se daba por su amigo y quedaba vassallo del rey de Castilla; finalmente, que vueltos que fuesen aquellos sus mensajeros, él mismo, como tantas veces habia dicho, queria hacer personalmente aquella jornada. Todavía temerosos los castellanos, no acabando de creer lo que veian respondieron con

grande veneracion y comedimiento, que no eran tan malos que habiendo recibido tantas mercedes de su Corte, y á la partida haberles regalado tantas y tan ricas joyas, no mirasen por aquellos señores como si fueran sus hermanos, por estar tan obligados segun las máximas de su religion y de su honor, y que en llegando donde su capitán estaba, experimentarían el buen tratamiento que les haria, y serían obsequiados con magnificencia, porque no sabia recibir sin luego gratificar; bien que vueltos á su casa real, le dirían con verdad, haber ellos en lo que ofrecían y aseguraban, quedando muy cortos, y desde luego se alegraría su grandeza el haberlos enviado, y aun sentiría no haber ido luego á tratar en persona con un capitán magnánimo y prudente. A esto el rey delante de los castellanos dijo pocas y muy grandes palabras al despedirse de aquellos señores, que fueron del tenor siguiente: « Mi autoridad  
« y crédito llevais para visitar á este hijo del sol;  
« lo haréis con mucha cordura, dándole á entender lo que otras veces os he dicho, que le estimó en gran manera y le soy servidor y amigo,  
« y que me hallará en cuanto me haya menester:  
« y observaréis en su trato y persona lo que hubiese para que á la vuelta me deis cuenta. »  
Igualmente ordenó fuesen con los mensajeros castellanos ochocientos indios tamemes para que



llevasen las cargas y víveres, los que, conforme á su uso, echándose las á cuestras, salieron de palacio uno detras de otro, formando por aquellos llanos una fila tan larga que no se acababa de divisar.

---

### CAPITULO III.

---

SALEN LOS CUATRO CASTELLANOS DE MICHOCAN CON SU COMITIVA Y CON LOS EMBAJADORES DEL REY, Y LLEGAN A CUYOACAN, ADONDE ESTABA DON FERNANDO CORTÉS.

Despedidos ya del Rey de Michoacan los castellanos, cuando se apartaban para partirse, envió ciertos señores con toda priesa á rogarles que habiéndole parecido aquel lebrél que tenían, el más hermoso animal que jamás habian visto, le hiciesen el gusto de remitírselo, que daría por él todo el oro y plata que pidiesen, porque animal tan bravo y valiente que habia venido en compañía de hombres tan esforzados, no podia dejar de ser muy bueno para la defensa y guarda de su persona y casa, entendido que á ellos no les faltarian otros; porque sabia que en el ejército de su